

RÉPLICA*

Lorena Soler

Las agudas tensiones marcadas por el profesor Evaristo Emigdio Colmán Duarte para la realización de un régimen político democrático en Paraguay arrojan luz, a nuestro entender, sobre dos problemas centrales. La ausencia de una clase social o alianza de clases capaz de encarnar un proyecto de tal naturaleza política y la construcción de un discurso nacionalista cuando es amenazada la soberanía nacional o cuando el Estado no adquiere soberanía plena.

Coincidiendo con los argumentos planteados, deberíamos mirar entonces la formación de la estructura económica del Paraguay. Esta debería hablarnos de estos dos elementos centrales para el análisis de la historia política que nos convoca y, que el profesor, pone en primer plano: la configuración histórica de las clases sociales como expresión de la violación a la soberanía nacional o, si se prefiere luego, la recuperación del nacionalismo lopista como ideología.

Sin embargo, estamos compelidos a decir que la ausencia de clases sociales y elites políticas “autóctonas” con fuerza suficiente para instalar un régimen liberal se vinculan directamente, tanto al régimen de Francia y los López, pero por lo que aquí nos ocupa, a la estructura social pos bélica. Una sociedad absolutamente diezmada por tantos años de guerra, un ejército derrotado y una abrupta modificación de la tenencia de la tierra. Sin estructura que diera lugar a sujetos sociales, estaban solo disponibles las “elites” que resistieron el exilio y algunos militares de los ejércitos lopistas. Lo demuestra la presencia de Bernardino Caballero, quien la diplomacia brasilera, mucho más que la argentina, estimula a ocupar la presidencia de la nación. Pero, asimismo, estos procesos políticos son factibles, estimulados y legitimados porque se instala una lectura de esa guerra: la liberación del pueblo paraguayo del despotismo y tiranía lopista.

* Texto recibido em 23/01/2007.

Relato, que el propio Caballero y el Partido Colorado adoptan en estos tiempos.

Ahora bien. ¿Por qué es posible revivir esas tradiciones lopistas, nacionalismo, mucho tiempo después, olvidadas hasta por los propios confesos?

Aquí el profesor nos indica, nuevamente, que debemos observar a una pequeña burguesía cuya asenso social estaba bloqueado por la estructura social a la que había dado origen los resultados de la guerra. Como nos recuerda Gellner, “Las circunstancias en que normalmente ha surgido el nacionalismo no han sido por regla general aquellas en que el estado mismo, como tal estaba ausente, o su realidad seriamente cuestionada. El estado estaba ahí y de forma manifiesta. Eran sus fronteras y/o la distribución del poder -y posiblemente de otros beneficios- dentro de él las que resultaban cuestionadas”¹.

De ahí, que en la década de 1920, se sucedieran procesos políticos que expresaban precisamente la necesidad de una nación ampliada, poniendo en evidencia los problemas de dependencia económica, denunciando la ingerencia extranjera. Pero los gobiernos liberales, evidenciaron rápidamente la imposibilidad, objetiva, de concretar un programa democrático liberal en una sociedad donde la burguesía nacional, era en el mejor de los casos un proyecto en formación. O si lo era, su debilidad estructural estaba cristalizada, de hecho, en una sociedad “consistentemente agraria”.

Sin embargo, la ausencia o debilidad de una clase con capacidad política de establecer un orden democrático, no debería impedirnos reflexionar sobre las transformaciones de las representaciones políticas y la necesidad, ahora entonces, de releer el pasado nacional. Precisamente, el campo político y cultural, por otras transformaciones ya analizadas en el artículo, ponen en crisis el “consenso liberal”, produciéndose en toda América Latina un reservorio de las más variadas experiencias políticas. La crisis mundial del liberalismo tuvo en esta tierra su expresión en la Guerra del Chaco, alentada, cuando no promovida, por los más variados

¹ Ernest Gellner, *Naciones y Nacionalismos*, Alianza editorial, México, 1991, pág. 17.

actores políticos locales y extranjeros quienes encontraban, en el gobierno liberal interlocutores sordidos.

¿Por qué la Guerra del Chaco en Paraguay termina allanando el camino a Stroessner, en nuestra hipótesis, y en Bolivia deviene en una revolución? Esta pregunta, solo puede ser formulada, si atendemos a elementos internos de largo aliento en la matriz social e histórica de cada uno de los países, que dieron como resultado procesos tan diferentes, cuando no francamente opuesto. Surge la necesidad, entonces, de vislumbrar, en la estructura social y política, obstáculos que permitan explicarnos qué procesos “duros” terminaron convergiendo en una de las dictaduras más largas de la región. En la misma, deben haber operado, un conjunto de factores, amén de la configuración de ciertas clases sociales, que nos proveen una explicación acerca de la legitimidad de dicho régimen.

Solo uno de ello es, a nuestro entender, las transformaciones políticas y sociales previas, que habilitaron la posibilidad de leer un pasado “heroico” desde el aparato estatal, en tanto violencia simbólica ejercida por todo orden político que pretenda conservarse. Ese pasado, ahora sí después de un triunfo militar y nacional, ponen en disponibilidad imágenes, reconfigurando uno de los caminos para la dictadura stronista.

Una dictadura que sufre cambios, al menos por su longitud. EEUU, América Latina, Brasil y Argentina, atraviesan experiencias políticas muy disímiles entre 1954 y 1989. Entonces, la dictadura stronista modifica sus argumentos de “auto justificación”. Stroessner alienta relaciones intensas con los gobiernos populistas de Brasil y Argentina, pero también con las dictaduras institucionales de las Fuerzas Armadas de ambas naciones. No es casual, que ambas reformas constitucionales stronistas sean coincidentes con la instalación de estos regimenes en los viejos países triunfadores de la Guerra Grande. “La identificación nacional y lo que se cree que significa implícitamente, pueden cambiar y desplazarse con el tiempo, incluso en el transcurso de períodos bastantes breves”².

² Eric Hobsbawm, *Naciones y nacionalismo de 1780*, Editorial Crítica, Barcelona, 1991, pág.19.

Pensar, como elemento explicativo, que la presencia de un imaginario “nacionalista” imposibilita la formación de un régimen liberal sería un error metodológico. De la misma manera, sostener que sólo la relectura del pasado permite la llegada de Stroessner o la democracia política en la actualidad.

Los imaginarios e ideología no imponen sino que habilitan al tiempo que son habilitados por la acción de los sujetos. Esos imaginarios, relatos sobre el pasado en el presente, pueden ser recreados por sujetos sociales muy concretos en contextos históricos bien objetivos. Pero estos son siempre producto de procesos sociales complejos, de campos políticos, culturales e intelectuales en transformación.

La relevancia de analizar los relatos sobre el pasado es solo un indicador más de los discursos y prácticas que priman, desde el aparato estatal, a la hora de legitimar un régimen político determinado. Voces que expresan siempre prácticas políticas en conflicto. De esta forma, también, las disputas por las lecturas sobre el pasado reciente tienen ese interés. Claro, en sí mismo las representaciones no crean órdenes democráticos, pero sí expresan proyectos y prácticas políticas.

Las ciencias sociales saben que el voluntarismo solamente puede expresarse si hay procesos que la estructura social abre. O, en todo caso, que estructura social y sujetos, se determinan mutuamente y que el resultado, porque es político, es inevitablemente fortuito.